

presentes gran parte de los datos de ese análisis. Sospecho que Gutiérrez realmente quiere mostrar lo que algunos antropólogos gramscianos de los años setenta llamaban la "función impugnadora del folclor". Sólo que ni logra articular el correspondiente discurso, ni se trata de una perspectiva certera: la cultura popular no es necesariamente revolucionaria ni reaccionaria aunque puede ser una o la otra o ambas. Pienso que si se hubiera atendido a un hilo conductor exclusivo en lo conceptual y a un solo tema (el seguimiento de las fiestas novembrinas, por ejemplo), manejando rigurosamente los períodos históricos y los elementos descriptivos, estaríamos hoy ante un excelente trabajo de historia socio-cultural. En lugar de eso, hay cierta frustración: mucho abarca pero poco aprieta, mucho quiere decir el autor pero es poco lo que logra articular. En fin, leer el libro no es tiempo perdido, pero... es lo que pudo haber sido y no fue.



Hay un vacío protuberante que ilustra muy bien las debilidades analíticas que vengo comentando: un libro con ese título debería explicar el origen de la fiesta novembrina, y no lo hace. Se pierde así la oportunidad de comprender su sentido: la primera fiesta republicana de carácter permanente que tuvo el país, la más brillante de todas, entre las fiestas patrióticas la que mejor fundamenta el orgullo de ser costeño. En realidad, como ya lo he mostrado en otra parte, las fiestas del once de noviembre no fueron inventadas por Núñez, como mucha gente cree, sino

mucho antes: en 1835; es decir, en los propios comienzos de nuestra vida independiente. Fueron iniciativa de la masonería cartagenera en un intento de rescatar la vida cultural y artística perdida durante la guerra de Independencia; además, fueron ritos civiles que contribuían a la cultura moderna con una pedagogía masiva para crear elementos de patriotismo, ciudadanía y derechos políticos en un país que carecía de todo. Gutiérrez no tiene en cuenta lo anterior, que sería el hilo conductor de un estudio significativo, pero su libro está publicado y el tema está abierto para la reflexión.

ADOLFO GONZÁLEZ
HENRÍQUEZ
Departamento de Sociología,
Universidad del Atlántico

Reyes, príncipes, cortesianos, cortesanas, conspiradores, confesores, reyes seductores de monjas, adúlteros furtivos o manifiestos

Historias clínicas de la corte de España
Gustavo Restrepo Uribe
Editorial Planeta, Bogotá, 2000,
300 págs., il.

Este libro suscita muchas reflexiones en el ánimo del lector, reflexiones de muy variada índole. No solamente en lo referente a la medicina, sino en cuanto a los aspectos históricos y sociológicos. Es ésta una obra en la que se advierte una cuidadosa tarea de investigación, por la abundancia de datos de muy diverso orden. Es así como detalla las características de las enfermedades de la realeza y los procedimientos médicos adoptados para su tratamiento, y precisa las circunstancias de carácter histórico en

las cuales reyes, príncipes, o personas allegadas a las cortes las padecieron. Es prolijo el autor, con prolijidad que hace más interesante y valiosa la obra, en la designación y síntomas de cada una de las enfermedades de entonces, en presentar los nombres de quienes las padecieron, así como también los nombres de los médicos que las atendieron.

Igualmente precisa el lugar —ciudad, castillo o posada— de nacimiento de los vástagos reales, el día y la hora, y de quienes se hicieron presentes, ya en su condición de familiares, ya de médicos —éstos en ocasiones con uniformes y casacas de gala— ya de parteras, ya de nodrizas —hasta 62 las hubo en una ocasión— para amamantar al recién llegado, porque lo imponía el linaje. Y como si lo anterior fuera poco, los testigos, quienes debían estar presentes en el momento del parto para legitimar el hecho, o para dar parte de lo acontecido, como era el caso de los embajadores, a sus respectivos gobiernos. Constituía, esto del parto, un acontecimiento trascendental, no únicamente para la familia real, sino también para los imperios vinculados a la corona paterna, en cuanto este hecho estaba estrechamente relacionado con la sucesión al trono, y con ello unido a los grandes intereses territoriales y de poder que convergían en cada hijo de la realeza.

Desfilan por estas páginas reyes y príncipes, cortesianos y cortesanas, conspiradores y confesores, reyes seductores de monjas, adúlteros furtivos o manifiestos, de uno y otro sexo, todos ellos con sus comportamientos de liviandad y abyección, propicios a florecer con toda su fuerza destructora en medios constreñidos por el fanatismo, los prejuicios, la intolerancia, el afán de predominio. Algunos reyes, que llevaban su corona sostenida sobre la fragilidad enfermiza de sus cuerpos y la flaqueza de su alma. Príncipes con precarias expectativas de vida, enfrentados a las posibilidades del ejercicio de inmensos poderes. Las casas reinantes en Europa pretendiendo ase-

gurar su descendencia con enlaces con quienes solamente conocían en una pintura, trasunto de sus defectos físicos, pero afortunados en sus derechos de sucesión. Desbordamiento de pasiones en las alcobas reales, y fuera de ellas, en un descarado ejercicio de la sensualidad bajo la noche cómplice. Bastardos con buena salud y herederos reales carentes de ella. Algunos de los protagonistas, en busca de conventos bajo cuyo silencio y ante la mirada del crucifijo creían reparar el daño. Mujeres buscando, de igual manera esos lugares de penitencia, para la recuperación de su ánimo desvalido. Y entre unos y otros, un ejército de aduladores y oportunistas, atizando el odio, armando manos para el magnicidio. Abyectos, como el conde-duque de Olivares, capaz de besar la bacinilla del rey; brujos y bebedizos, exorcismos y rogativas, purgantes y sanguijuelas, medicamentos extraños, tratamientos estrambóticos, gitanos halagadores de oídos, envenenadores solapados, todos tratando de decidir los destinos de la corte. Y no faltaban los ociosos que para distraerse actuaban como "capagatos", uno, y como elaborador de bordados, otro: una soberana que ocupaba su tiempo jugando con muñecas, o las que para evitarse las fatigas de la lactancia incorporan al séquito tres nodrizas competentes, encontrándose revestidas de las supremas funciones reales. Alguno descentrado del día que vivía y de los horarios de alimentación. Lectores de presagios en las constelaciones anunciando futuros. Depresivos, cuando no iracundos, postrados cuando no perversos. Y como telón de fondo, las enfermedades caminando con saña por esos cuerpos de enclenques, inmaduros, reanimados por extrañas pócimas y unturas, sin comprobación científica, unos, desfallecientes otros, en la inutilidad de los tratamientos a los cuales se les sometía. Entre la certeza del mal padecido y la hipocondría como forma de escape a las responsabilidades discurrían los días y los años. Pereza, pelucas, olores desagradables, piel enferma, panteones,

nigromantes, intrigantes, batallas, embarazos y desavenencias conyugales conformaban, entre otros vocablos, todo un lenguaje socorrido en los pasillos y alcobas de los palacios de la realeza.



El libro conforma un cuadro doloroso —necesario de conocer por todos— de la forma como discurría la vida en la corte, entre la caza y el lecho, la glotonería y la embriaguez, las enfermedades recurrentes y los estrambóticos tratamientos, a lo cual se agregaban matrimonios impuestos por conveniencia de Estado. Adolescentes a quienes la corona pesaba demasiado sobre la cabeza de fragilidad asombrosa, sostenida sobre cuerpos igualmente frágiles. Matrimonios concertados por reyes y emisarios entre núbiles doncellas —una de ellas comprometida en matrimonio con sólo seis años de edad— y envejecidos soberanos, o entre jóvenes adolescentes y mujeres de la realeza de una mayor edad, unos y otros a la espera de llegar a la edad que les permitiera asistir al lecho real a cumplir la finalidad del compromiso: dar herederos a la corona. Y en la mayoría de los casos, la frustración y el desaliento por no ser varón el recién llegado. Y en ese momento, muchas personas presenciando el acto, para dar fe de que éste se había cumplido para satisfacción de las casas reinantes. Y uno y otro consortes, entre tanto, oscilaban entre la inexperiencia y el temor, la mortificación y el rechazo, sin solución posible, de inmediato.

Además de ser fiel en la relación de las enfermedades que atosigaron

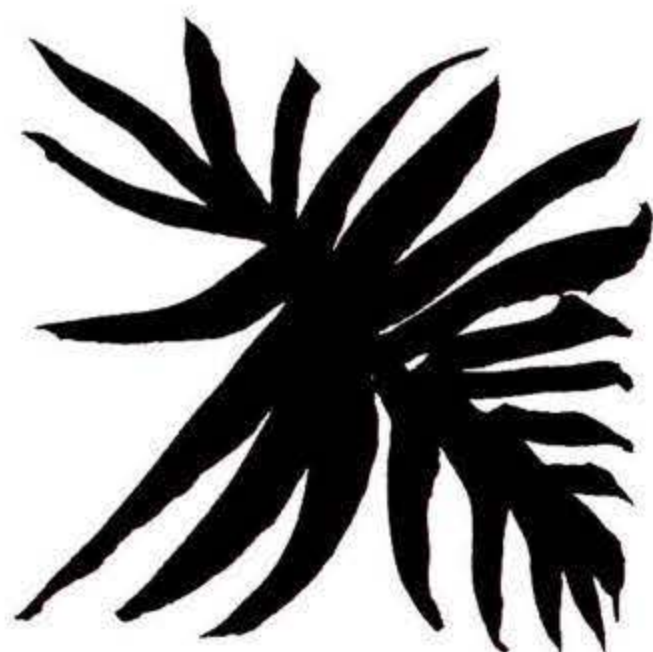
a las gentes de toda edad, vinculadas a la corte, también lo es en cuanto a los problemas de salud surgidos en el curso de los embarazos, con las innúmeras complicaciones que presentaron para desembocar algunos en el aborto, otros en malformaciones de los recién nacidos, otros en precarias condiciones de salud, cuando no bajo los signos premonitorios de una vida breve. Las taras genéticas hacían presencia más allá de lo imaginable, por la confluencia de identidad de las sangres, llegadas unas de tíos reales a sobrinas con igual vocación hereditaria, o de primos a primas, que para unos y otros se conseguía del pontífice romano el permiso necesario, en el afán de conservar reinos y canonjías, por éste y por aquéllos.

Aporta informaciones que bien podrían servir como elementos de novela, por lo llamativos y extraños, cuales son, entre otras muchas, la de alguien que permanece sentado dieciocho horas, o de quien rompe un vaso de cristal con los dientes, o de quien intenta suicidarse con unas tijeras, o del que tenía la afición de coleccionar relojes, o de quien sólo alcanzaba el sosiego al sonido de un violín. Alguno no asiste a un entierro importante para la corona, por estar dedicado a la cacería.

Describe las características del rostro y de la conformación física de los personajes con relación a las familias a las cuales pertenecen —los Borbones, los Austrias, etc.— y las dolencias que le son propias a cada una de ellas. Precisa qué pintores —Velázquez, Goya, etc.— los mostraron a la posteridad, en toda su dimensión física y anímica, a la vez que puntualiza en qué museos se encuentran esos cuadros.

Este recorrido por las *Historias clínicas de la corte de España* tiene su comienzo en Enrique IV, llamado El Impotente (1425-1454+1474) y llega hasta Juan Carlos de Borbón y Borbón (1938) y Sofía de Grecia, su esposa, "nacida para ser reina", dados los antecedentes familiares que el autor del libro, al hacer esa calificación, sustenta con la siguiente información: "viene de una familia de re-

yes; hija de reyes (los futuros Pablo I de Grecia y Federika de Brunswick); hermana de rey (Constantino II de Grecia), en su árbol genealógico figuran dos emperadores alemanes, ocho reyes daneses, cinco reyes suecos, siete zares rusos, un rey y una reina de Noruega, una reina de Inglaterra y cinco reyes de Grecia”.



Para un mejor aprovechamiento de su contenido, aparece un apéndice en 17 páginas titulado “Recapitulación y conclusiones”, de suma utilidad, complementado por la reseña de la procedencia, en cuanto a nacionalidad, de los reyes y el promedio aritmético de sus años de vida, antes de 1700 y después de este año, como también sobre la enumeración de los matrimonios entre parientes, con las consiguientes consecuencias degenerativas. Se refiere, además, a la fertilidad de las parejas reales, a la mortalidad materna e infantil y a las distintas enfermedades que padecieron.

Las fuentes de consulta de que se valió el autor se encuentran detalladas en la extensa bibliografía que abarca noventa y seis (96) títulos de prestigiosas obras cuyos autores son verdaderas autoridades en temas históricos y de medicina.

No se abordan en la presente reseña bibliográfica las conclusiones de orden político, sociológico y filosófico que surgen de la lectura de esta importante obra, porque llevaría a prolongar su extensión, a más de que el autor, con su meritoria labor investigativa, no pretende incursionar, ni era su intención, en análisis de esta naturaleza.

El libro *Historias clínicas de la corte de España*, escrito por el médico Gustavo Restrepo Uribe, descubre velos que ocultaban, en especial para quienes no tenían ni tienen la condición de europeos, una serie de realidades dolorosas, padecidas en ese entonces por quienes fueron súbditos, ya en el suelo español, ya en la gran extensión de Indoamérica. Valioso aporte a la comprensión de una serie de acontecimientos que golpearon, en su momento, sin conocerse su verdadero origen, a vidas e instituciones de uno y otro continentes.

ÓSCAR LONDOÑO PINEDA

Historia comparada de América Latina y el Caribe

Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe

Luis Javier Ortiz Mesa
y Víctor Manuel Uribe Urán
(editores académicos)

Editorial Universidad de Antioquia/
Facultad de Ciencias Humanas y
Económicas, Universidad Nacional de
Colombia (Sede Medellín), Medellín,
2000, 449 págs.

El texto que se reseña a continuación, *Naciones, gentes y territorios*, es una buena muestra de los esfuerzos realizados por las universidades colombianas para promover los estudios comparados de historia de América Latina y el Caribe de habla no española ni francesa, en un mundo que ha estrechado los vínculos internacionales en todos los órdenes y que requiere enfoques de investigación que permitan mirar los procesos históricos locales y nacionales articulados a lógicas continentales y globales. El texto es el resultado de la compilación de ponencias del simposio de Historia Comparada de América Latina y el Caribe del

X Congreso de Historia de Colombia, realizado en Medellín en 1997. Dicho simposio fue el espacio central del evento, rompiendo con la tradición de los congresos anteriores, organizados alrededor de temas exclusivamente colombianos.

Los editores académicos de la obra, los historiadores Luis Javier Ortiz y Víctor Manuel Uribe, señalan en la Introducción que no todas las ponencias recibidas eran estrictamente de historia comparada, pues algunas se ocupaban de trabajos historiográficos sobre países distintos a Colombia. Al interrogarse por el precario desarrollo de este “género” o “método” historiográfico en la región, plantean que ello se debe a que los estudios comparados desvían a los investigadores de sus líneas prioritarias de trabajo en los casos nacionales individuales, requieren familiaridad con grandes volúmenes archivísticos y bibliográficos no siempre sistematizados, obligan al desplazamiento entre lugares distantes con grandes erogaciones financieras, e implican mayores destrezas metodológicas.



Al rastrear una rica variedad de temas y de bibliografía internacional sobre América Latina y el Caribe, los editores encuentran insuficiencia de ensayos historiográficos, al menos parciales. Sin embargo, encuentran que existen trabajos sobre “historia comparada en general”, pero no una discusión historiográfica de temas específicos (historia social, laboral, económica, etc.). La ausencia casi total de ensayos evaluativos al respecto denota cierta falta de interés o desconocimiento